

en 1922 y, por último, presidente en 1927, prodigando en estos diversos cargos las riquezas de su inteligencia y de su corazón.

Su ingobernable curiosidad lo llevó a formar todo tipo de colecciones. Las más relevantes las legó a nuestros grandes museos, las colecciones prehistóricas a Saint-Germain, las colecciones etnográficas y americanistas al Trocadero, y todos los objetos de interés del viejo París a Carnavalet.

El doctor Capitan cerró dignamente una vida consagrada por completo al servicio, deja el recuerdo de un sabio que volvía amable una conversación infinitamente variada y con un espíritu comprensivo, al mismo tiempo que se imponía a nuestro afecto por las raras cualidades del corazón con el que acaso algunas veces nos llegamos a conectar, como pasó. Estas cualidades llegaron a la cima de su expresión antes de la guerra. Entonces, desde el inicio de las hostilidades, de nuevo en el servicio, en breve se hizo cargo, como médico principal, de la dirección de la penosa atención a los contagiosos del Hospital Bégin, a los que se consagró de manera ininterrumpida y con la más perfecta devoción hasta el fin de la guerra. Es una figura verdaderamente interesante la que desaparece, llevándose consigo incluso algunos de los recuerdos que nos ligaban a la etapa heroica de la paleontología humana.

Miembro de la Academia de Medicina desde 1909, el doctor Capitan fue asimismo miembro del Comité de Trabajos Históricos y del Comité de Perfeccionamiento del Instituto de Paleontología Humana. Se le nombró oficial de la Legión de Honor por méritos de guerra.



Figura 17. “Palma” totonaca

Escultura azteca*

Benjamin Péret

EL NIVEL DE DESARROLLO de un pueblo no se mide únicamente por sus progresos materiales, sino también por la cultura y el

* Prólogo al libro *Los tesoros del Museo Nacional de México. Escultura azteca*, con veinte fotos de Manuel Álvarez Bravo, México, 1943.

arte que destilan y exaltan cuántas conquistas han realizado en los múltiples dominios en que ejerció su actividad: esto constituye el licor de la civilización, más embriagador que ninguno de los alcoholes.

Desde este punto de vista se puede afirmar sin temor a contradicción que los aztecas habían llegado, en América, a un nivel de desarrollo que solamente los mayas superaron.

Si se ha podido legítimamente colocar el arte maya en el mismo plano que el arte griego en lo relativo a la perfección y la ciencia del volumen y de la forma que revela, hay que situar la producción artística de los aztecas al mismo nivel que el arte egipcio. Hay que hacer notar de paso que los aztecas conocían apenas el uso de los metales que para los egipcios tenían pocos secretos, y hay que admirar también los tesoros de paciencia y de ingenio de que tuvieron que valerse para esculpir en las piedras más duras las figuras que nos han dejado y los monumentos que atestiguan su genio.

El arte azteca, como el de los egipcios, saca *directamente* su substancia de la magia y de los mitos que lo coronan, materializando tipos de divinidades casi inmutables. Pero los egipcios ignoraban los sacrificios humanos que dan un acento tan trágico a la civilización azteca y al arte que ésta ha engendrado. Este sentido patético de la muerte marca con un sello único toda la producción artística de este pueblo, dando a los tipos que ha creado un reflejo de horror y de espanto sin igual. Era preciso que así fuese, que esta muerte —exaltada por seres que la soportaban con una indiferencia altiva y hasta quizá la esperaban como una consagración de su vida— fuera reflejada con todo el horror que inspira inconscientemente a hombres protegidos a pesar suyo por un inalienable instinto de conservación, en estas divinidades que, pidiendo la sangre de sus criaturas, cargaban con todo el horror de su muerte.

El arte azteca entero muestra —las magníficas fotos de Manuel Álvarez Bravo lo evidencian— esta protesta inconsciente del hombre contra la suerte que los dioses le reservaban. Tienen caras amenazadoras porque hacían cernirse sobre sus criaturas la amenaza continua de una muerte espantosa. Estaban ávidos de sangre porque los hombres que los habían imaginado habían descargado sobre ellos toda la violencia de su corazón y sus costumbres bárbaras, en las cuales reinaba todavía una antropofagia ritual mostrando que el canibalismo primitivo, de donde salía, había sido dominado en época relativamente reciente. En efecto, el arte de los aztecas era más avanzado que sus costumbres. Es verdad que, si se toma en cuenta la guerra actual, la civilización occidental no ha progresado mucho desde los aztecas, sino sólo en el arte de matar



Figura 18. Urna funeraria zapoteca, Etna, Oaxaca

y de mentir. Esta distancia entre el arte y las costumbres del pueblo perdura todavía, y quizá se ha acentuado actualmente, puesto que la totalidad de la nación azteca participaba en la creación artística, mientras que hoy día los pueblos civilizados carecen frecuentemente de capacidad para sentir el arte.

Museo Mexicano en el Louvre*

LA FILOSOFÍA DEL SIGLO se empeña en conocer la historia de la humanidad desde los tiempos más remotos, y donde no encuentra libros ni manuscritos, las pinturas, los geroglíficos y las chácharas, para encontrar en los tuestos de un puchero roto o en la punta de una lanza trozada, un dato, una probabilidad, una ilusión de historia o de biografía con que aumentar el catálogo de las tradiciones.

Cuando se dice la humanidad, se dice también México, porque a despecho de las dudas que ocurrieron al célebre arzobispo español sobre si debía o no bautizar a los indios, éstos están ya declarados miembros legítimos, aunque un poco trigueños, de la especie humana; y los franceses, cosmopolitas en todo, han hecho un lugarcito en su palacio del Louvre a las antigüedades mexicanas, para que los anticuarios tengan ocasión de discutir si los aztecas y los incas son hijos del Adán asiático, y si su civilización les vino de Arabia, del Egipto o de la China.

En fin, hay un museo mexicano en París; y para dar a nuestros lectores la noticia con todos los pormenores que poseemos, no podemos hacer mejor cosa que copiar los pocos datos que ministran los periódicos de aquella capital.

Este museo, muy recientemente abierto en el Louvre, al lado del museo asirio, consiste en una sola sala pequeña en el piso bajo, en donde se han reunido fragmentos de arquitectura y de escultura, figurillas de metal, de materias duras y de tierra cocida, cuya mayor parte pertenece al Panteón Mexicano; vasos, armas, instrumentos de música; objetos de adorno femenino, sellos, pesos y utensilios diversos, pertenecientes a México, y en segundo lugar al Perú y Chile.



Figura 19. Urna de barro.
Representa a un dios murciélago

* Tomado de *La Ilustración Mexicana*, núm. 7, t. I, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1851.